

do ser exterminado, cuando al mismo tiempo otros muchos mas poderosos padecieron el destino de las cosas humanas, y su culto permaneció con él á pesar de los esfuerzos que casi cada siglo hizo para destruirle.

¿De qué proviene, pues, católicos, que un culto tan perseguido, tan penoso por sus observancias, tan riguroso por las penas con que castiga á sus transgresores y aun tan fácil en establecerse y arruinarse, aunque no fuera mas que por la inconstancia y rudeza del pueblo que desde el principio fué su depositario; de qué proviene que él solo se perpetuase en el mundo en medio de tantas revoluciones, cuando al mismo tiempo las supersticiones defendidas con el poder de los imperios y de los reinos, cayeron en la nada de donde habian salido? ¡Ah! ¿no se conoce que no fué el hombre, sino Dios, quien obró tantas maravillas? ¿qué fué el brazo del Todopoderoso el que conservó su obra? Luego si ha perecido todo lo que inventó el espíritu humano, debe inferirse que lo que ha perseverado siempre, fué obra únicamente de la divina sabiduría: *Nonne Deus fecit hæc omnia, et non homo?*

Finalmente, si á su antigüedad y perpetuidad se añade su uniformidad, no le queda á la razon pretexto alguno con que defenderse. Porque, católicos, todo se muda en la tierra, porque todo sigue la mutabilidad de su origen. Las ocasiones, las diferencias de siglos, los diversos humores de climas y la necesidad de los tiempos han introducido mil mudanzas en todas las leyes humanas. Solo la fe nunca se ha mudado; hoy se mantiene entre nosotros del mismo modo que la recibieron nuestros padres, y del mismo modo la recibirán de nosotros nuestros descendientes. Es verdad que con la sucesion de los tiempos se ha ido aclarando por la necesidad que ha habido de defenderla de

los errores con que la han querido manchar; pero lo que una vez ha parecido verdad de fe, siempre lo ha parecido: es fácil que una cosa dure cuando se acomoda al tiempo y á las circunstancias, y cuando se la pueda añadir ó quitar segun el gusto de los siglos y de los que gobiernan; pero el que una cosa en nada se mude, no obstante la mutacion de los tiempos y costumbres, el que todo padezca mudanza y ella sola se mantenga siempre la misma, es un privilegio propio solamente de la religion cristiana, y por razon de estos tres caracteres de antigüedad, de perpetuidad y de uniformidad que la son propios, su autoridad es la única en la tierra capaz de determinar á un espíritu prudente.

Pero si la sumision del fiel es razonable por parte de la autoridad que se la pide, no lo es menos por parte de las cosas que se le proponen para creer. Veamos ahora, católicos, el fundamento del culto de los cristianos. En nuestra religion no tememos el que se vean de cerca nuestros misterios, como sucedia á los abominables de la idolatría, cuya vergüenza y horror se ocultaba en sus tinieblas. Una religion, dice Tertuliano, que temiese el ser examinada y que se profundizasen sus misterios, seria sospechosa: *Cæterum suspecta est lex, quæ probari non vult.* Quanto mas examinais el culto de los cristianos, mas bellezas y maravillas hallais en él. La idolatría inspiraba al hombre pensamientos insensatos acerca de la Divinidad; la filosofía pensamientos poco razonables de sí mismo; la concupiscencia pensamientos injustos para con los demás hombres. Admirad, pues, la sabiduría de una religion que remedia estas tres heridas, las que nunca pudo curar ni aun conocer la razon en todos los siglos.

Y primeramente, ¿qué otro legislador habló de la Divinidad como el de los cristianos? Mirad bien si podeis hallar



en otra parte ideas mas sublimes de su poder, de su inmensidad, de su sabiduría, de su bondad y de su justicia que las que nos dan nuestras Escrituras. Si hay un Ser Supremo y eterno, superior á nosotros, en quien viven todas las cosas, es preciso que sea como nos le representa la religion cristiana; solamente nosotros no le comparamos con la semejanza del hombre; nosotros solos le adoramos sentado sobre los querubines, llenándolo todo con su presencia, gobernándolo todo con sabiduría, criando la luz y las tinieblas como autor del bien y vengador del vicio; nosotros solos le honramos del modo que quiere ser honrado, esto es, no hacemos consistir el culto que le es debido en la multitud de víctimas ni en el exterior aparato de nuestros respetos, sino en la adoracion, en el amor, en la alabanza y la accion de gracias. Referimos á él el bien que hay en nosotros como á su principio, y atribuimos á nosotros mismos el vicio, como que únicamente tiene su origen de nuestra corrupcion. Nosotros esperamos hallar en él la recompensa de una fidelidad que es don de su gracia y el castigo de las transgresiones, que siempre son efecto del mal uso que hacemos de nuestra libertad. ¡Qué ideas, pues, podrán formarse mas dignas del Ser Supremo!

En segundo lugar, la vana filosofía habia degradado al hombre hasta hacerle semejante á las bestias, haciéndole buscar su felicidad en los sentidos, ó le habia elevado neciamente hasta la semejanza de Dios, persuadiéndole á que podia hallar su felicidad en su propia sabiduría. Pero la moral de los cristianos evita estos dos excesos, aparta al hombre de los deleites carnales, descubriéndole la excelencia de su naturaleza y la santidad de su destino, y así corrige su soberbia, dándole á conocer su miseria y su bajeza.

Finalmente, la concupiscencia hacia al hombre injusto

para con los demás hombres. ¿Pues qué doctrina ha reglado jamás mejor nuestras obligaciones en este punto que la de los cristianos? Ella nos enseña á obedecer á los soberanos como establecidos por Dios, no solo por temor de su autoridad; sino por una obligacion de conciencia, á respetar á nuestros jefes, á sufrir á nuestros iguales, á ser afaibles con los inferiores y á amar á todos los hombres como á nosotros mismos; ella sola forma buenos ciudadanos, vasallos fieles, criados sufridos, amos humildes, magistrados incorruptibles, príncipes clementes y amigos verdaderos; ella sola hace inviolable la buena fe de los matrimonios, asegura la paz de las familias y mantiene la tranquilidad de los Estados; no solo prohíbe los hurtos, sino tambien el deseo de los bienes ajenos; no solo no quiere que se tenga envidia á la prosperidad del prójimo, sino que manda partir con él los propios bienes cuando está necesitado; no solo nos prohíbe los atentados contra su vida, sino que quiere que hagamos bien aun á los que nos hacen mal, que bendigamos á los que nos maldicen, y que no tengamos entre todos mas que un corazon y una alma. Dadme un reino, decia San Agustin á los paganos de su tiempo, compuesto todo de este género de gentes; ¡oh Dios! ¡qué paz! ¡qué felicidad! ¡qué imagen tan parecida al cielo seria la tierra! ¿Han podido llegar todas las ideas de los filósofos al plan de esta celestial república? ¿no es indubitable que si Dios ha hablado á los hombres para manifestarles los caminos de la salvacion, no pudo usar de otro estilo?

Es verdad que la religion añade á todas estas máximas tan dingas de la razon, algunos misterios que exceden nuestra capacidad; pero además de que la prudencia persuade la sumision en este punto á una religion tan venerable por su antigüedad, tan divina por su moral, tan superior en us



autoridad á quanto hay en la tierra, y únicamente digna de ser creida, los motivos de que se vale para persuadirnos, acaban de convencer á la incredulidad.

Primeramente. Estos misterios fueron profetizados muchos siglos antes de que se cumpliesen, y profetizados con todas las circunstancias de tiempos, de lugares y de los menores acontecimientos, y estas profecías no son profecías vagas destinadas á la simple credulidad del vulgo, que se creen en un rincón del mundo contemporáneas de los sucesos é ignoradas en lo restante del universo, sino unas profecías en las que ha consistido desde el nacimiento del mundo toda la religion de un pueblo entero; las que dejaban los padres á sus hijos como su mas rica herencia, que se conservaban en el templo santo como la mas sagrada prenda de las promesas divinas, y finalmente, cuya verdad afirma aun hoy á vista de todo el universo la nacion mas enemiga de Jesucristo, en la que primeramente estuvieron depositadas; unas profecías que no se ocultaban misteriosamente al pueblo, temiendo que descubriese su falsedad, como sucedia con aquellos vanos oráculos de las Sibilas, encerrados tan cuidadosamente en el capitolio, fabricados para mantener la soberbia de los romanos, expuestos solamente á la vista de los pontífices, y publicados de tiempo en tiempo por partes, para autorizar en el espíritu del pueblo ó una empresa peligrosa ó una guerra injusta: nuestros libros proféticos eran la diaria leccion de todo un pueblo; los jóvenes y los ancianos, las mujeres y los niños, los sacerdotes y el vulgo, los reyes y los vasallos debian continuamente tenerlos entre las manos; cada uno tenia derecho de estudiar en ellos sus obligaciones y de descubrir en ellos sus esperanzas; lejos de lisonjear su soberbia, no les hablaban mas que de la ingratitud de sus padres; en cada página les anun-

ciaban desgracias como justo castigo de sus culpas; reprendian á los reyes su disolucion, á los pontífices sus injusticias, á los grandes su profusion y al pueblo su inconstancia y su incredulidad; y con todo eso, tenian en grande estimacion estos santos libros, y por los oráculos que en ellos veian cumplirse todos los dias, esperaban con confianza el cumplimiento de aquellos de que hoy es testigo todo el universo. El conocimiento, pues, de lo futuro, es el carácter menos sospechoso de la Divinidad.

En segundo lugar, estos misterios están fundados en hechos milagrosos, tan patentes y tan públicos en Judea, tan confesados aun entonces por aquellos que tenian interés en negarlos, tan señalados con unos sucesos que interesaban á toda la nacion, tan repetidos en las ciudades, en los lugares, en el templo y en las plazas públicas, que es necesario cerrar los ojos á la luz para dudar de ellos. Los apóstoles los predicaron y los escribieron en la misma Judea poco tiempo despues de su cumplimiento, esto es, en tiempo en que los pontífices que habian condenado á Jesucristo, aun vivian y hubieran podido confundir y negar la impostura, si lo fuera. Jesucristo resucitando, segun su promesa, confirmó su Evangelio, y no puede presumirse ni que los apóstoles se engañaron en este hecho tan decisivo y tan esencial para ellos, en este hecho tantas veces anunciado, esperado como el punto principal á que se dirigia todo lo demás, en este hecho tantas veces confirmado, y en presencia de tan innumerables testigos, ni tampoco que ellos quisieron engañarnos é ir á predicar á los hombres una mentira, á costa de su sosiego, de su honor y de su vida, que era el único premio que esperaban de su impostura, si lo fuera. ¿Estos hombres que nos han dejado unas doctrinas tan prudentes y piadosas, habian de haber dado á la tierra un ejemplo de



extravagancia ignorado hasta entonces de todos los pueblos, y á sangre fria, sin fin, sin interés, sin motivo; se habian de haber entregado á los mas terribles tormentos y á padecer la muerte con una heróica piedad, solamente por defender la verdad de un hecho cuya falsedad conocerian ellos mismos? ¿habian todos estos hombres de haber muerto tranquilamente por otro hombre que los hubiera engañado, y que no habiendo resucitado como habia prometido, se hubiera burlado durante su vida de su credulidad y de su flaqueza? No tache, pues, el impío de credulidad á los incomprendibles misterios de la fe; demasiado crédulo es menester que él sea, para poderse persuadir á unas suposiciones tan increíbles.

Finalmente, la fe de estos misterios ha hallado docilidad en todo el universo: en los césares, á los que degradaba de la clase de los dioses; en los filósofos, á quienes convencía de ignorancia y vanidad; en los sensuales, á quienes no predicaba mas que cruces y trabajos; en los ricos, á quienes obligaba á la pobreza; en los pobres, á quienes mandaba que amasen su necesidad y abatimiento, y en todos los hombres, cuyas pasiones combatia. Esta fe, predicada por doce pobres, sin ciencia, sin talento y sin proteccion, ha sujetado los emperadores, los sábios, los ignorantes, las ciudades y los imperios. Unos misterios tan insensatos en la apariencia, han trastornado todas las sectas y todos los monumentos de una soberbia razon, y la locura de la cruz ha sido mas sábia que toda la sabiduría del siglo. ¿Pero qué digo? todo el universo ha conspirado contra ella, y los esfuerzos de sus enemigos solo han servido para asegurarla. Ser fiel y estar destinado á la muerte eran dos cosas inseparables, y con todo eso, el peligro era un atractivo nuevo; quanto mas violentas eran las persecuciones, mayores progresos

hacia la fe, y la sangre de los mártires era la semilla de los fieles. ¡Oh Dios mio! ¿quién no ve en esto el dedo de vuestra mano? ¿quién por estas señas no conoce el carácter de vuestra obra? ¿dónde está el entendimiento que no conoce disiparse aquí la vanidad de sus dudas, y que aun se avergüenza de sujetarse á una doctrina que ha sujetado á todo el universo? Pero no solamente esta sujecion es razonable, sino que tambien es gloriosa para el hombre.

### SEGUNDA PARTE.

La soberbia es la raíz oculta de la incredulidad; en aquella ostentacion de talento que hace al incrédulo que desprecie la comun creencia, hay una deplorable singularidad que le lisonjea y hace que suponga en sí mas fuerzas y mas claras luces que en los demás hombres, por haberse atrevido á sacudir un yugo que sujeta á todos, y á oponerse temerariamente á lo que todos hasta él se han contentado con adorar.

Para quitar, pues, á la incredulidad este tan fatal consuelo, basta el evidenciar que no hay cosa mas gloriosa para la razon que la fe; gloriosa por parte de las promesas que en sí encierra para lo porvenir; gloriosa por la situacion en que al presente coloca al fiel; gloriosa, finalmente, por parte de los grandes modelos que propone á su imitacion.

Gloriosa por parte de las promesas que en sí encierra. ¿Cuáles son las promesas de la fe, católicos? La adopcion de Dios, una compañía inmortal con él, la redencion perfecta de nuestros cuerpos, la eterna felicidad de nuestras almas, la libertad de las pasiones, el fijar nuestros corazones con la posesion del verdadero bien, el ilustrar nuestros entendimientos con la luz inefable del entendimiento divino, y el hacernos



dichosos con la vista clara y permanente de la verdad; estas son las promesas de la fe; ella nos enseña que nuestro origen es divino y nuestras esperanzas eternas.

Ahora os pregunto: ¿puede avergonzarse la razón de creer unas verdades que tanto honran la inmortalidad de su naturaleza? ¿sería acaso, católicos, mayor felicidad para el hombre el tenerse por de la misma naturaleza que las bestias y esperar el mismo fin? ¿podrá parecerle al incrédulo que se hace mas honor en no tenerse mas que por un vil barro que organizó la casualidad, y que se disolverá del mismo modo, sin fin, sin destino, sin esperanza, sin mas uso de su razón y de su cuerpo que el de encenagarse brutalmente como las bestias en los deleites carnales? ¿juzgará mejor de sí teniéndose por un desgraciado, á quien la casualidad colocó en la tierra, sin esperar nada despues de su vida, cuya mas suave esperanza es volver á caer muy presto en la nada, sin estar unido á ningun sér fuera de sí, reducido á buscar su felicidad en sí mismo, sin hallar en sí mas que inquietudes y secretos temores? ¿es esta aquella terrible distincion que tanto lisonjea á la soberbia del incrédulo? ¡Gran Dios! ¿qué cosa tan gloriosa es para vuestra verdad el no tener mas enemigos que unos hombres de este carácter! Por lo que á mí toca, decia San Ambrosio á los incrédulos de su tiempo, me precio de creer unas verdades que son de tanto honor para el hombre. *Juvat hoc credere.* Esperar unas promesas de tanto consuelo. *Sperare delectat.* No creerlas seria castigarme infelizmente á mí mismo. *Non credidisse pœna est.* ¡Ah! si me engaño, queriendo mas esperar la eterna compañía de los justos en el seno de Dios que en tenerme por de la misma naturaleza que las bestias, es un error que me agrada, el que estimo y del que no quiero desengañarme. *Quod si in*

*hoc erro, quod me Angelis post mortem sociare malo quam bestiis, libenter in hoc erro, nec unquam ab hac opinione, dum vivam, fraudari patiar.*

Pero si la fe es gloriosa por parte de las promesas que en sí encierra para lo porvenir, no lo es menos por parte de las circunstancias en que al presente constituye al fiel. Figuraos, católicos, un verdadero justo, que vive de la fe, y confesareis precisamente que no hay cosa mayor que él en la tierra; es dueño de sus deseos y de todos los movimientos de su corazón; ejerce un glorioso imperio sobre sí mismo; posee su alma en paciencia y en tranquilidad, y gobernando todas sus pasiones con el freno de la temperancia, es humilde en la prosperidad, constante en la desgracia, alegre en las tribulaciones, pacífico con los que aborrecen la paz, insensible á las injurias, compasivo en las aflicciones de los que le ultrajan, fiel en sus promesas, religioso en sus amistades é inexorable en sus obligaciones; no le mueven las riquezas porque las desprecia, no apetece los honores porque los teme, y es mayor que el mundo entero, porque le mira como un poco de polvo. ¡Qué elevacion esta!

La filosofía no destruía el vicio sino con el vicio mismo: enseñaba con el fausto á despreciar al mundo, por granjearse los aplausos del mismo mundo; mas buscaba el honor que resulta de la sabiduría, que la misma sabiduría; al mismo tiempo que intentaba destruir las demás pasiones, se levantaba siempre una pasión mas peligrosa sobre las ruinas de las demás, es á saber, la soberbia: semejante á aquel príncipe de Babilonia, que solamente arruinó los dioses de su nación para levantar sobre sus ruinas su impía estatua, y aquel coloso horrible de soberbia que quiso fuese adorado de toda la tierra.